

MUNDO RURAL NORTEAFRICANO: ROMA Y LOS INDÍGENAS

Alfonso López Pulido



DOCE CALLES / AD ACTA

MUNDO RURAL
NORTEAFRICANO:
ROMA Y LOS INDÍGENAS

Alfonso López Pulido

DOCE
CALLES

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
I. PRODUCCIÓN ARTESANAL Y ACTIVIDADES MERCANTILES	15
II. EL MUNDO RURAL	23
1. Aspectos generales	23
2. La intervención imperial	26
3. El peso del nomadismo	30
a) Localización geográfica	35
b) La importancia del constreñimiento hacia el Sahara	37
c) La pervivencia de ciertas formas de nomadismo	47
4. El proceso sedentarizador	48
a) Establecimientos sedentarios	51
b) Catastro y repartos de tierra	59
c) Efectos jurídicos	61
III. LA AGRICULTURA	65
1. Tipos de propiedad de la tierra	67
a) Pequeñas explotaciones	69
b) Aspectos generales de los grandes dominios	70
2. Formas de explotación	75
3. La evolución de los cultivos	86
a) El peso de la <i>plebs frumentaria</i> : monocultivo cerealístico	87
b) Policultivo	92
c) Cereal	95
d) Olivo	96
e) Vid	103
f) Higuera	105
g) Forrajes	106
4. La cuestión de los <i>subcesiva</i>	108
5. Infraestructura hidráulica	116
6. Ganadería	120

ÍNDICE DE FUENTES LITERARIAS	123
APÉNDICES	127
I. <i>Lex Manciana</i>	127
II. <i>Lex Hadriana de rudibus agris</i>	147
SIGLAS	155
BIBLIOGRAFÍA	157

INTRODUCCIÓN

Al enfrentarnos con el análisis económico de una civilización de la Antigüedad, como es el caso que nos ocupa, el aspecto más importante, el fundamental, es el de la tierra, puesto que no debemos soslayar el hecho de que estas economías de la Edad Antigua, y la romana no es una excepción, son agrarias.

En la génesis de la historia de las provincias romanas de Numidia y África Proconsular podemos deslindar, para centrarnos en nuestro estudio, el análisis de la formación y consolidación de grandes propiedades agrícolas y cómo se inserta el mundo rural en las estructuras económicas de estas dos provincias, si bien, y habida cuenta de la importancia ya señalada de la tierra en el devenir económico, cabría indicar también la forma en la que las estructuras económicas están supeditadas a la agricultura.

Caben destacarse, asimismo, las dificultades que surgen a la hora de estudiar el paisaje rural, puesto que, por razones geográficas, este conjunto regional carece, de una forma palmaria, de uniformidad en los planos de la hidrografía y del clima, que son elementos de primer orden para la producción de los suelos. Si bien es cierto que la relativa sequedad y las condiciones climáticas que en nuestro tiempo caracterizan las regiones norteafricanas, son muy parecidas a las que existían en la época romana, tampoco es menos verídico que los dominios del desierto del Sahara no han dejado de extenderse. Prueba de ello son la multitud de núcleos urbanos atestiguados, tanto por las fuentes literarias como por los hallazgos arqueológicos, en una zona que en la actualidad está marcada por una extrema aridez y deforestación.

La explotación económica, sobre todo en sus aspectos agrícolas, del norte de África, no debe atribuirse únicamente a Roma. Así, y aunque haya que tener en cuenta que amplios espacios fueron roturados y cultivados *ex nibilo* por los romanos, antes de la conquista de Roma ya se daban en la región actividades económicas de importancia¹.

Durante el período púnico la economía se fundamentaba en dos vertientes: el comercio y la agricultura.

La actividad comercial de Cartago era proverbial y, de hecho, la que procuraba el mayor índice de riqueza. Se trataba, sobre todo, de desarrollar una labor de intermediarios, puesto que el grueso de su actuación se centraba en la distribución en

¹ Kolendo, 1979, p. 392.

áreas no cartaginesas de productos procedentes, a su vez, de otras regiones asimismo no púnicas. De ello se desprende la conclusión de que la producción artesanal de Cartago era mediocre y se dirigía, de una forma fundamental, al abastecimiento de las necesidades locales².

Pero tampoco debemos caer en el exceso, propio de las opiniones vertidas tradicionalmente, de que los cartagineses eran sólo comerciantes o artesanos³. Así, en el plano agrícola, debe hacerse hincapié en su enorme desarrollo. Puede afirmarse que el acicate para ello residía en el elevado consumo de víveres de Cartago y en que la naturaleza misma de su comercio, ese papel de intermediarios, hacía que los púnicos estuviesen interesados en reducir, al mínimo, el número de las importaciones alimenticias necesarias para el abastecimiento urbano. Así, en los alrededores de Cartago y también en los de *Utica* y *Hadrumetum* (Sousse), se explotaron eficazmente las extensas y ubérrimas tierras existentes⁴.

Otros motivos de este desarrollo hay que buscarlos en la necesidad de los púnicos de no verse constreñidos, presionados por los pueblos del interior, en una estrecha franja costera así como por la oportunidad que les ofrecía la explotación de los recursos naturales de la zona, sobre todo después de la Segunda Guerra Púnica, cuando los cartagineses ya no podían mantener línea antigua amplitud y prosperidad de su comercio exterior⁵.

Por ello, los púnicos sometieron a su autoridad las regiones de Túnez y la Tripolitania, favoreciendo la agricultura, dándose el hecho de que muchos de los capitales amasados con el comercio fueron destinados a la compra de propiedades⁶.

El desarrollo agrícola, que tuvo un crecimiento sostenido, alcanzó tal grado, que se ha avanzado la hipótesis de que despertó toda suerte de susceptibilidades en los agricultores romanos, pudiendo haber sido este florecimiento el motivo que indujo a Catón, y también a su facción en el Senado, a ser irreductibles partidarios de la destrucción de Cartago y del resto de comunidades africanas⁷.

La producción de trigo, cebada, aceite de oliva y vino, era tan elevada, que cubría sobradamente las necesidades, lo cual evitaba la dependencia del exterior⁸. También fueron objeto de cultivo las legumbres y los frutales, los cuales, en los bancales que circundaban Cartago, aportaron rendimientos muy elevados.

² Albertini, 1955, p. 52.

³ Plácido y Alvar, 1996, pp. 988-989.

⁴ Kolendo, 1979, p. 391

⁵ Decret y Fantar, 1981, p. 213.

⁶ Albertini, 1955, p. 53.

⁷ Rostovtzeff, 1973, pp. 68-69.

⁸ Decret y Fantar, 1981, p. 212.

Todo ello hace pensar que la costa africana, presentaba, en la época púnica, un vasto y cuidado vergel, en el que el sistema predominante de explotación era el de la gran propiedad —existiendo grandes extensiones de titularidad pública—, cultivada por pequeños arrendatarios indígenas⁹ y por esclavos, lo cual ha sido probado, tanto por los testimonios directos que se poseen como por datos indirectos¹⁰. Asimismo, se ha constatado que las tierras también eran explotadas por comunidades sometidas a relaciones de dependencia colectiva, cuyos orígenes, con toda probabilidad, deben remontarse a la época fenicia¹¹. Así, uno de los tratados agrícolas más célebres de la Antigüedad, fue el del cartaginés Magón, que supo adaptar, a las condiciones específicas del suelo africano, los escritos científicos griegos y helenísticos de los siglos IV y III a. C. y combinarlos con otros muchos estudios fenicio-púnicos sobre la materia. Lo más probable es que la obra de Magón tuviera por objeto la agricultura capitalista y sistemática, concentrada principalmente en la horticultura y la ampelología, y más aún en el cultivo del olivo, dejando la explotación cerealística en un segundo plano¹².

La importancia de este tratado de Magón alcanzó tal grado que el propio Senado de Roma mandó traducirla al latín, poco después de la conquista definitiva de Cartago en el 146 a. C.¹³ Ello debe ser así porque Magón debió coincidir, en sus características esenciales, con los tratados griegos y romanos sobre la misma materia.

En el norte de África, además de los cartagineses y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Púnica, los númidas, bajo el impulso de sus reyes —especialmente Massinissa¹⁴—, fueron, de un modo paulatino, desarrollando la agricultura, haciendo pasar a las tribus más permeables, de la vida nómada, propia de los pastores, a la sedentaria de los cultivadores, sin menoscabo de seguir practicando la ganadería, sobre todo la cría caballar, que ya, desde hacía mucho tiempo, era una de los sectores económicos más prósperos de la región¹⁵.

⁹ En las prestaciones en especie que los indígenas debían suministrar al Estado cartaginés, algunos investigadores han querido ver formas que recuerdan al colonato. Sin embargo, las certezas son escasas al respecto y sería necesario poder dilucidar si, para aquéllos que estaban obligados a realizar estas prestaciones, era o no indiferente el hecho de que dichos pagos lo fueran en concepto de rentas o de impuestos (Kolendo, 1979, p. 394).

¹⁰ Plácido y Alvar, 1996, p. 989.

¹¹ Plácido y Alvar, 1996, p. 990.

¹² Rostovtzeff, 1973, pp. 69-70.

¹³ COL., I, 1, 13.

¹⁴ Si bien es necesario no sobrevalorar, en la forma expuesta por Polibio —deseoso de agradar a sus protectores, los Escipiones—, la obra de este rey, al que le atribuye todo el mérito de haber inaugurado y organizado una rica economía agrícola sobre las regiones de su reino, puesto que los númidas ya habían comenzado, si bien con poca diversificación, a practicar la agricultura con anterioridad.

¹⁵ Recuérdese la celebridad de la caballería númida.

Los númeridos siguieron practicando los cultivos de la época cartaginesa, pero dedicándose, en mayor medida, a la producción de cebada y trigo. Por ello, no es de extrañar que ya en el siglo II a.C. apareciese atestiguada la presencia de trigo númerido en los mercados internacionales de Atenas, Rodas y Delos¹⁶.

En líneas generales, éste era el estado de la economía que hallaron los romanos cuando se convirtieron en los dueños del norte de África. Sin embargo, y pese a que la situación del norte de Numidia y particularmente de la zona costera, así como de las áreas de influencia de las antiguas ciudades púnicas, se ajustaban a lo expuesto, ello contrastaba en gran medida con amplios territorios en las regiones del interior, ocupados mayoritariamente por grupos de población nómada o seminómada, donde la actividad agrícola apareció con la llegada de los romanos y, de una forma muy especial, después de la segunda mitad del siglo I, llegando incluso a convertirse en prósperas zonas de producción agrícola¹⁷.

En otro orden de cosas, debemos exponer que Roma, en Numidia y África Proconsular, al igual que en el resto del Imperio, modificó a diferentes niveles las estructuras de la producción, adaptándose a las condiciones particulares de la zona, dentro de su política de flexibilidad en todos los campos de actuación. Así, en esta región, la agricultura será potenciada, teniendo en cuenta las condiciones favorables del suelo, en detrimento de otros sectores económicos como la producción artesanal y el comercio, cuyo desarrollo será mucho menor.

De esta forma, la política económica se basará en la recogida de las tradiciones preexistentes, modificándolas según sus intereses, pero, en modo alguno, se tratará de una introducción masiva e indiscriminada de innovaciones.

Los cambios introducidos por Roma en las estructuras económicas, estuvieron dirigidos a lograr una explotación sistemática y eficaz de los recursos. Por ello, y a pesar de todo lo indicado, sí que es cierto que la dominación romana introdujo grandes cambios en la estructura agraria de África, puesto que en algunas regiones, donde ciertas tradiciones púnicas habrían podido haberse conservado fácilmente —el valle central del *Bagradas* (Medjerda), por ejemplo—, fueron aquéllas que, durante el período comprendido entre la Segunda y la Tercera Guerra Púnica, sufrieron la anexión por parte de Massinisa y, en un corto lapso de tiempo, pasaron al poder romano¹⁸.

Por la importancia que obtuvo la agricultura, se potenció la producción en aquellas zonas en las que ya se practicaba con anterioridad, a la vez que gran parte de la tierra perteneciente a las poblaciones nómadas y seminómadas, a las que se obligó a sedentarizarse, pasó a integrarse en los dominios de Roma, de forma tal que se

¹⁶ Albertini, 1955, pp. 52-53; Rostovtzeff, 1973, pp. 69-70.

¹⁷ Harmand, 1960, pp. 368-381; Kolendo, 1979, pp. 392-393.

¹⁸ Kolendo, 1979, p. 394.

estableció un tipo nuevo de propiedad, ya que, a partir de la conquista, la mayoría de los propietarios del suelo fueron los romanos, en detrimento de los africanos, puesto que sólo una mínima parte de éstos logró conservar la posesión de sus tierras. Ello condujo a que el desarrollo agrícola se edificase sobre el trabajo de las poblaciones indígenas depauperadas que, al menos en algunas zonas, soportaron con menoscabo propio las consecuencias de las mutaciones en el régimen de las tierras¹⁹.

De otro lado, cabe señalarse que Roma introdujo una serie de medidas complementarias, tales como la delimitación del suelo –los procesos de catastración–, la racionalización de las explotaciones –mediante la roturación de nuevas tierras y la introducción de técnicas de cultivo más avanzadas²⁰, puesto que no debe reducirse la originalidad de los agrónomos romanos, ya que si bien tuvieron la oportunidad de conocer experiencias agrarias de otras comunidades, tales como las de los fenicio-púnicos²¹ y las de los griegos²², también realizaron ensayos y acumularon conocimientos empíricos propios²³– y la construcción de grandes obras hidráulicas²⁴. El interés por la tierra indica, bien a las claras, que ésta se había convertido en la principal fuente de riqueza en Numidia y África Proconsular²⁵.

¹⁹ Decret y Fantar, 1981, pp. 210-211; Plácido y Alvar, 1996, p. 987.

²⁰ Montero, Bravo y Martínez-Pinna, 1990, p. 231.

²¹ Los conocimientos agronómicos de los cartagineses eran muy avanzados y se basaban en la observación de las condiciones climáticas y de los diferentes tipos de suelo (Decret y Fantar, 1981, pp. 212-213).

²² Debe recordarse que los tratados agrícolas romanos se basaban tanto en la obra del cartaginés Magón como en las fuentes helenísticas de la misma. *Vid.*, sobre esta cuestión, lo expuesto en las pp. 105-106.

²³ Mangas, 1988, p. 7.

²⁴ *Vid.* sobre este aspecto, de vital importancia para la comprensión de la puesta en explotación de vastos territorios, la amplia exposición que se presenta en el subapartado e, apartado 5: *Infraestructura hidráulica*.

²⁵ Julien, 1931, pp. 148-149; Albertini, 1955, pp. 45 y 59.

PRODUCCIÓN ARTESANAL Y ACTIVIDADES MERCANTILES

La producción artesanal²⁶ y el comercio fueron actividades económicas secundarias, puesto que, como ya hemos expuesto más arriba, la agricultura fue el sector que más impulso recibió, en el que Roma concentró sus esfuerzos, sobre todo por las características especiales del suelo norteafricano, lo que redujo, en la mayor parte de los casos, a los otros sectores, a un papel subsidiario y dependiente²⁷. De lo cual se infiere que Numidia y África Proconsular fueron, eminentemente, una región agrícola.

Los cambios que se operaron en el campo, especialmente los que tuvieron lugar en el siglo II, incidieron de forma notable en la producción artesanal y en el comercio exterior —siendo expresivas de ello las exportaciones de aceite²⁸—.

Se trataba, por lo general, de actividades de transformación, estrechamente ligadas a la agricultura y la ganadería. Así, el hecho de que estas actividades derivadas o anexas se desarrollaran paralelamente a la diversificación de las producciones agrícolas, las reducía a un estrecho margen de actuación, lo cual incidía negativamente en la mano de obra empleada, bastante escasa en la mayor parte de las ocasiones²⁹.

A pesar de los progresos técnicos, aunque tampoco se observa prodigalidad en su puesta en práctica³⁰, las posibilidades fueron siempre reducidas y no ofrecieron nunca las mismas perspectivas de beneficio que las sociedades comerciales o la agricultura de tipo capitalista³¹.

²⁶ Es preferible hablar de trabajo o producción artesanal, en lugar de emplear la denominación de industria, en aras de evitar los posibles equívocos que se derivarían del uso de acepciones modernas como fábrica o industria. Ello se debe a que en la transformación de productos, durante la Antigüedad, y el mundo romano no es una excepción, las máquinas cumplieron una función secundaria frente a la mano de obra humana. Así, la necesidad de incrementar la producción se paliaba con la creación de nuevos talleres, pero, en modo alguno, se modificaba el sistema de producción (Mangas, 1985, p. 12).

²⁷ *Vid.*, en este sentido, lo expuesto en Gebbia, 1989, p. 336.

²⁸ Decret y Fantar, 1981, pp. 218-219. Pese a lo expuesto, algunos estudiosos sostienen que el comercio apenas se desarrolló y que su peso específico, en el entramado económico, continuó siendo escaso (Julien, 1931, pp. 152-153; Albertini, 1955, p. 59).

²⁹ Decret y Fantar, 1981, pp. 219.

³⁰ Nótese que debemos hablar más que de inviabilidad de un avance tecnológico, ampliamente probado durante el siglo II, de la incapacidad para la más rápida y completa difusión de los nuevos logros técnicos (Gómez Santa Cruz, 1995, p. 158).

³¹ Lombroso Ferrero, 1920, pp. 448-449; Julien, 1931, p. 152.

Predominaron los talleres pequeños con escaso número de trabajadores, de forma tal que la gran dispersión de los talleres servía las necesidades locales e impedía el establecimiento de grandes manufacturas con extensa proyección exterior. Sólo en los casos de el vidrio y la cerámica puede observarse un mayor tamaño en los talleres, que, por lo general, empleaban mano de obra servil³².

Entre las actividades artesanales de las que se han encontrado vestigios, particularmente en el campo epigráfico, deben citarse aquéllas relacionadas con el trabajo del cuero y la ganadería –cordones, curtidores, zapateros–, y las tintorerías y textiles –bataneros y fabricantes de tejidos y de prendas de lana–³³.

Otras actividades –tales como las de orfebres, constructores, carpinteros– pudieron tener cierta importancia, pero los restos hallados no permiten pronunciarse con rotundidad.

Parece ser que la producción ceramista fue la más floreciente, ya que era conocida con anterioridad y logró prolongarse, sin solución de continuidad, desde la época nómada. De todas formas, la producción debió responder a una demanda que se fue acrecentando a medida que la sedentarización y, sobre todo a partir del siglo II, la comercialización alcanzaron cotas elevadas. Observamos que los alfares cubrieron las necesidades locales en todo lo relativo a utensilios de la vida cotidiana y uso doméstico –lámparas, que fueron una de las especialidades de los alfareros africanos³⁴; piezas de vajilla; recipientes y útiles de cocina³⁵– así como los materiales de construcción –aunque, en algunas ciudades de la Proconsular, los ladrillos empleados eran importados de Italia–.

Además, parte de esta producción llegará a exportarse, apreciándose una notable invasión de los mercados costeros italianos, de la Galia meridional y del litoral de Hispania³⁶, de un tipo de cerámica africana de arcilla rosa que, alrededor de la década de los

³² Bravo, Montero y Martínez-Pinna, 1990, p. 246.

³³ Albertini, 1955, pp. 54 y 60.

³⁴ Debe tenerse en cuenta que, desde finales del siglo I, los talleres norteafricanos, copiando modelos italianos –se ha descubierto en Cartago un establecimiento que vendía modelos y dibujos–, desplazaron a sus arquetipos, tanto en África como en la Galia, Cerdeña y Sicilia. Esta exportación mejoró todavía más cuando se incluyeron modelos originales (Montero, Bravo y Martínez-Pinna, 1990, p. 247).

³⁵ Hayes, 1972, p. 423.

³⁶ Se han encontrado numerosos restos de piezas de cerámica norteafricana –particularmente de las regiones de Cartago y la Byzacena– en yacimientos costeros del litoral de la Tarraconense, cuyo arco cronológico va desde finales del siglo I al siglo III. Asimismo, en la costa granadina, se han hallado dos alfares que imitaban las producciones africanas, alternándose, en los materiales exhumados, piezas de factura claramente africana e imitaciones de escasa calidad (Bernal Casasola, 1996, pp. 1348-1351). Igualmente, en Córdoba se han descubierto numerosas piezas y fragmentos de cerámica africana. Lo expuesto, unido a la existencia de pecios con cargamentos específicos de cerámicas africanas, prueba la facilidad con la que los productos de la Proconsular, principalmente, llegaban a las tierras de Hispania, aunque se ha apuntado la posibilidad de que estos navíos hundidos transportasen productos perecederos como el grano y de que estas producciones cerámicas llegasen a la Península Ibérica desde Roma, en el

cincuenta del siglo III, se convertirá en la principal cerámica fina de mesa de toda la costa del Mediterráneo, prolongándose esta situación durante los siguientes trescientos años³⁷.

El desarrollo de la oleicultura impulsará la demanda de ánforas para un transporte en alza, necesitado de atender tanto al comercio interior –bastante elevado debido al gran consumo de aceite– como a la exportación a Roma³⁸. Además, como los envases destinados al transporte de aceite no se reutilizaban³⁹, sino que eran de un solo uso, la demanda fue constante.

Las ánforas eran selladas antes de procederse a su cocción, sellos en los que constaba el nombre del propietario del aceite envasado, el cual podía o no coincidir con el poseedor del fundo productor, ya que lo más usual era la existencia de individuos o familias que controlaban la exportación⁴⁰. Otro elemento característico y de gran importancia, lo constituyen los *tituli picti*⁴¹, es decir, unas inscripciones pintadas que etiquetaban la ánfora, los *pittacia*. Este complejo sistema de escritura sobre las ánforas olearias fue ideado por Vespasiano, puesto que, antes de su advenimiento, únicamente se indicaba el nombre del recaudador de impuestos. No obstante, las ánforas destinadas al transporte de conservas de pescado o vino, continuaron portando un formulario escrito muy reducido, lo cual demuestra el fuerte interés que el Estado tenía en controlar el comercio del aceite.

A estas medidas se sumaron otras a mediados del siglo II, cuando se iniciaron una serie de campañas para frenar la presión de algunos pueblos sobre las fronteras, ya que el Estado creó, dentro de la oficina de abastecimiento, un puesto de *procurator* con la misión específica de controlar el aceite bético y el africano, así como pagar los gastos que su transporte originaba⁴².

viaje de retorno de los barcos que transportaban el aceite bético a la capital del Imperio (Carrillo Díaz-Pinés y Murillo Redondo, 1994, pp. 1306-1317).

³⁷ Whittaker, en Finley (Ed.), 1980, pp. 199-200.

³⁸ Gebbia, 1989, p. 336.

³⁹ Remesal, 1985, p. 28.

⁴⁰ Camps-Fabrer, 1953, pp. 79-85.

⁴¹ En estas inscripciones constaban los datos siguientes: la tara, el nombre del comerciante o del transportista que trasladó la ánfora –en unas ocasiones por cuenta del Estado y en otras por cuenta propia–, el contenido neto de la ánfora y, lo que es más importante, un registro fiscal. En éste, por lo general, solía constar un formulario del tipo que transcribimos a continuación: *Controlado en el distrito fiscal de ..., pesa ..., peso neto ..., en el control nº* –a veces, aparece el nombre del control o de la oficina, en lugar del número–, *por ..., representante de ..., en el año ...* A través de este registro fiscal podemos observar el control estatal sobre los productos exportados. Así, la inclusión del peso neto, indica que las ánforas pudieron ser llenadas antes de ser embarcadas o cargadas –según el medio de transporte empleado: fluvial, marítimo o terrestre– delante de los recaudadores de impuestos que controlaban la tara y el peso neto de las ánforas, anotando el distrito fiscal y el lugar exacto desde donde se procedía a la exportación, así como la fecha en la que se llevaba a cabo (Remesal Rodríguez, 1985, p. 31).

⁴² Remesal Rodríguez, 1985, p. 32.

Al hablar de las exportaciones de aceite y cereales, llevadas a cabo por corporaciones de *navicularii*, debe tratarse también el magnífico equipamiento portuario de Numidia y la Proconsular, puesto que tuvo notable incidencia en este importante comercio exterior⁴³. La construcción y mantenimiento de puertos no era nada nuevo en el norte de África, puesto que, como es sabido, Cartago desarrolló, como no podía ser de otra forma, esta importante faceta, básica e imprescindible para el comercio marítimo. Sin embargo, algunos puertos desaparecieron con la caída de los púnicos, pero otros sobrevivieron y se adaptaron a los nuevos tiempos y realidades económicas⁴⁴.

Así, en Numidia, *Rusicade* (Philippeville) parece ser el único puerto que estuvo en condiciones de establecer rutas de largo recorrido, que llegaban a enlazar incluso con Oriente, sin contar con sus ramificaciones por todo el Mediterráneo occidental. Este núcleo comercial y portuario, de nombre fenicio, se vio favorecido por las actividades agrícolas prósperas de su traspais, sobre todo la zona de los altiplanos de la región de *Cirta* (Constantina). En cambio, en la Proconsular, el número de puertos importantes era elevado. Así, en el Oeste, encontramos los de *Hippo Diarrhytus* (Bizerta) y *Thabraca*, si bien sólo este último —y gracias a la actividad exportadora del mármol de *Simitthu* (Chemtou)— gozó de prosperidad. No obstante, *Hippo Regius* (Bône) desempeñó un relevante papel, sobre todo por hallarse en un punto en el que convergían las mercancías del rico valle del río *Ubus* (Sebouse), cuya desembocadura se encontraba en esta ciudad⁴⁵.

En la *Byzacena*, *Hadrumetum* (Sousse) y, con mayor fuerza, Cartago, prosiguieron con su tradición marítima, aunque ya desde los tiempos de Polibio⁴⁶, el proceso de colmatación de la bahía de *Utica* como consecuencia de la marea, al igual que ocurrió con *Acholla* y *Thapsus*, había comenzado, convirtiéndose, en el siglo III, las operaciones de atraque en bastante difíciles⁴⁷.

En Tripolitania, puertos como el de *Leptis Magna* —embellecido en la época de Nerón y que también se benefició de los gastos hechos por Septimio Severo en su ciudad natal—, *Oea* (Trípoli), *Sabratha* y *Gightis* (Bou Ghrara), disfrutaron de una gran actividad, la cual les proporcionó un importante medio de enriquecimiento a partir del siglo II, debido a las exportaciones oleícolas.

⁴³ Rougé, 1965, p. 37.

⁴⁴ Entre las nuevas formas de organización debe citarse la existencia de una jerarquía en cuanto al sistema de trabajo. Así, observamos la presencia de los *lenuncularii*, dueños de los barcos empleados para la carga y descarga, y de los *acapharii*, *traiectarii* y *lintrarii*, que trabajaban en pequeñas embarcaciones (Montero, Bravo y Martínez-Pinna, 1990, p. 251).

⁴⁵ Decret y Fantar, 1981, pp. 220-221.

⁴⁶ POL., I, 2, 75.

⁴⁷ Decret y Fantar, 1981, p. 221.

La importancia que tenía África en el aprovisionamiento de Roma puede constatar en Ostia, sobre la plaza que se extiende delante del teatro –el *Foro de las Corporaciones*–, donde las corporaciones profesionales de la ciudad poseían sus agencias, de las que se han documentado un total de treinta⁴⁸. Ello es así porque, entre estas corporaciones, las de los *navicularii* eran las más numerosas y la mayor parte – siete –, como indican los mosaicos, procedían de África Proconsular⁴⁹.

Los motivos decorativos que se encuentran en estos locales y que simbolizan las mercancías controladas por la *annona*, tales como una corona de espigas, un recipiente conteniendo aceite o una ánfora entre palmeras, muestran que el tráfico con el norte de África concernía, de una forma primordial, a la importación de vino, trigo y aceite.

Este tipo de exportaciones, que eran las que procuraban mayores beneficios, fueron paulatinamente siendo monopolizadas por poderosas corporaciones, dados los privilegios que les fueron otorgados –sobre todo por el comercio del trigo, elemento fundamental de estabilidad política y social⁵⁰–, que trabajaban para el avituallamiento de la *annona*⁵¹. Así, está constatado que ya, desde mediados del siglo I, los *navicularii*, organizados en gremios –*collegia*– para asegurar la normalidad de los transportes, estaban garantizados por el poder político. De todas formas, y a pesar de la existencia de los *collegia*, las relaciones con el Estado se establecían en un plano individual, es decir, entre los funcionarios de la *annona* y el *navicularius*⁵², gracias a lo cual, el gobierno acabó por controlar todo su funcionamiento⁵³. En esta línea puede analizarse la circunstancia de que la administración, obligada a suministrar alimentos a la plebe romana y al ejército –a éste, además, bienes de equipo–, sesgó gran parte de la iniciativa privada al crear un sistema de autoabastecimiento y transporte propio, sobre todo a partir de Septimio Severo⁵⁴.

El comercio interior –ya de cierta importancia durante la época púnica y que siguió desarrollándose, gracias a la mejora generalizada de las comunicaciones y a la extensión de la vida urbana⁵⁵, aunque Roma no parecía muy interesada en potenciarlo– por el contrario, que se dedicaba a una serie de asuntos de menor calado

⁴⁸ Julien, 1931, p. 187.

⁴⁹ En concreto, se trata de corporaciones de *Missua* (Sidi Daoud), *Curubis*, *Hippo Diarrhytus* (Bizerta), *Cartago*, *Sullecthum*, *Gummi* y *Sabratha* (Julien, 1931, p. 187; Decret y Fantar, 1981, p. 213).

⁵⁰ Albertini, 1955, p. 56.

⁵¹ El servicio de la *annona*, debido al control que ejerció en el avituallamiento de Roma, por el que se encargaba del acopio de los tributos en especie de las provincias –sobre todo de las productoras de cereales, como Numidia y la Proconsular–, alcanzó un poder y unas ramificaciones de tal envergadura, que algunos autores apuntan que llegó a ser el motor principal del comercio mediterráneo (Julien, 1931, pp. 186-187).

⁵² Montero, Bravo y Martínez-Pinna, 1990, pp. 250-251.

⁵³ Julien, 1931, p. 187.

⁵⁴ Remesal Rodríguez, 1985, p. 32; Bravo, Montero y Martínez-Pinna, 1990, p. 249.

⁵⁵ Montero, Bravo y Martínez-Pinna, 1990, pp. 252-253.

en cuanto a su importancia, se hallaba en manos de una *burguesía* local a la que le faltaban grandes medios financieros, puesto que el mercado no ofrecía la clientela suficiente para la formación de grandes empresas.

No obstante, estos pequeños mercaderes mantuvieron, al menos, cierta actividad en los pueblos-mercado, es decir, en las *nundinae*, que sirvieron para que perdurase la simbiosis tradicional entre la sociedad rural y los medios urbanos⁵⁶. También el comercio pudo ejercitarse en las ciudades mediante el transporte y venta de productos artesanales y alimentarios procedentes de las explotaciones agrícolas⁵⁷.

El comercio se ejercía, por lo general, en tiendas dispuestas alrededor de una plaza distinta del foro, el *macellum*, que en su centro tenía una fuente y estaba circundado por un pórtico. Ejemplos de este tipo los hallamos en *Thamugadi* (Timgad) –en este caso se trata del llamado *Mercado de Sertius*, que se hallaba en las afueras, por contraposición al mercado del Este, cuya disposición era distinta del tipo que hemos indicado, puesto que los comercios bordeaban una calle, en concreto la del *decumanus*–, *Cuicul* (Djemila) –*Mercado de Cosinius*–, *Thibilis* (Announa), *Thuburbo Maius* (Henchir Kasbat), *Gightis* y *Leptis Magna*⁵⁸.

En otra línea, debemos también analizar el comercio que se llevaba a cabo con las tribus nómadas. Así, en este tipo de intercambios se observa una corriente comercial establecida entre las provincias romanas y la gran frontera que se extendió a lo largo del *limes* númera y de donde venían las tribus de transhumantes en sus recorridos, las cuales, a cambio de productos ganaderos, podían aprovisionarse de las mercancías comercializadas en el Imperio⁵⁹.

También existieron intercambios entre las ciudades de la Tripolitania –*Leptis Magna*, *Oea* (Trípoli) y *Sabratha*– y las tribus del Sahara, teniendo como centro el oasis de Fezzan –ocupado por los garamantes–, ya que entre la costa y este punto se habían creado varias rutas de transporte. A pesar de las dificultades a las que se enfrentaba, rendía elevados beneficios. El producto que capitalizaba la comercialización eran los colmillos de elefante, siguiéndoles en importancia las maderas preciosas, el oro, las pieles y las plumas de avestruz. Los comerciantes de la Tripolitania actuaron en una doble función: por un lado se encargaban de organizar las caravanas que unían el Fezzan con la costa y por otro, eran también navieros –los *navicularii* a los que ya hemos aludido– que exportaban al resto del Mediterráneo las mercaderías transportadas por las caravanas⁶⁰.

⁵⁶ Julien, 1931, pp. 161-162.

⁵⁷ Decret y Fantar, 1981, pp. 216-217.

⁵⁸ Decret y Fantar, 1981, p. 222.

⁵⁹ De la Chapelle, 1934, pp. 109-115; Albertini, 1955, p. 26.

⁶⁰ Rostovtzeff, 1973, pp. 91-92.

En este sentido, el comercio sahariano y transahariano, que parecía haber conocido ya en la época púnica cierta actividad, se desarrolló, ya con total seguridad, en el período romano⁶¹. Sin embargo, la documentación con la que contamos, reducida a algunos hallazgos de materiales romanos –sobre todo de los siglos III y IV– y a ciertos indicios bastante raros e incluso poco significativos –tales como pinturas rupestres alusivas a los intercambios–, es muy escasa e incompleta, para permitir sentar conclusiones definitivas sobre la realidad y la naturaleza de este comercio al otro lado del *limes*⁶².

Numidia y África Proconsular no fueron, durante el siglo I, en exclusiva, exportadoras de productos agrícolas, puesto que también enviaron a Roma animales salvajes –elefantes⁶³, leones y leopardos– para el aprovisionamiento de los numerosos juegos que se celebraron a partir de Augusto, fieras que eran denominadas, por lo general, como *bestias líbicas*, *bestias africanas* o, simplemente, *las africanas*⁶⁴.

En cuanto a los animales domésticos que llegaron a comercializarse podemos citar los mulos y los caballos.

También deben mencionarse materias primas como la madera de tuya –empleada en trabajos de ebanistería de alto nivel⁶⁵– y maderas diversas empleadas en Roma, tanto para la construcción como para la calefacción de las termas, productos farmacéuticos y piedras preciosas⁶⁶.

Mención especial merece el mármol numídico –sobre todo en sus variedades de color rosa y amarillo– procedente de *Simitthu* (Chemtou)⁶⁷, puesto que llegó a constituir uno de los materiales suntuarios más difundidos en el Imperio, al menos en su parte occidental⁶⁸, y al mismo tiempo más apreciados⁶⁹. La extracción y comercialización de metales, pese a su abundancia –plomo y cobre, especialmente–, sólo se practicó con vistas al consumo local, debido a su escasa calidad⁷⁰ y a la existencia de explotaciones mineras de altos rendimientos en otras zonas del Imperio⁷¹.

⁶¹ Gsell, 1933, p. 152; Desanges, 1957, pp. 27-31.

⁶² Decret y Fantar, 1981, p. 223.

⁶³ La caza del elefante merece especial mención porque alcanzó tal nivel que fue totalmente exterminado. Su destino era el anfiteatro, la cocina –en las mesas refinadas fueron muy apreciados la trompa y los cartílagos– y, sobre todo, los talleres en los que se trabajó el marfil de sus colmillos (Julien, 1931, p. 168).

⁶⁴ Julien, 1931, pp. 167-168; Albertini, 1955, p. 57.

⁶⁵ Julien, 1931, p. 167.

⁶⁶ Albertini, 1955, p. 57; Julien, 1931, p. 168.

⁶⁷ PLIN., *Nat.*, V, 22; Decret y Fantar, 1981, p. 215.

⁶⁸ En el caso concreto de Hispania, se documentan ejemplos de construcciones en las que está presente el mármol numídico en las provincias de Álava, Albacete, Alicante, Badajoz, Baleares, Barcelona, Burgos, Cádiz, Córdoba, Granada, Jaén, Málaga, Murcia, Sevilla, Soria, Tarragona, Valencia y Zaragoza (Mayer, 1994, pp. 841-847).

⁶⁹ Gaggiotti, 1986, pp. 201-213; Mayer, 1994, p. 837; Khanoussi, 1996, p. 996.

⁷⁰ Harmand, 1960, p. 382; Gsell, 1981, pp. 220-221.

⁷¹ Julien, 1931, p. 168.



**MUNDO RURAL NORTEAFRICANO:
ROMA Y LOS INDÍGENAS**
Alfonso López Pulido

La comprensión de las cuestiones económicas de la antigua Roma, pasa por el análisis de su aspecto fundamental, la posesión y explotación de la tierra, ya que las economías de la Antigüedad son de base agraria. De ahí que la investigación sobre cómo se inserta el mundo rural norteafricano en las estructuras económicas, superpuestas todas ellas a la agricultura y la ganadería, de una u otra forma, sea un elemento básico para entender el desarrollo económico de esta región. El estudio de este mundo rural se enfrenta a una serie de dificultades que se derivan de la observación del propio paisaje rural norteafricano, puesto que, por razones geográficas, este conjunto regional carece, de una forma clara, de uniformidad en los planos de la hidrografía y del clima, que son elementos de primer orden para la producción de los suelos.



DOCE
CALLES

